

RESEÑAS

Finkielkraut, Alain: *La humanidad perdida. Ensayo sobre el siglo XX*, Anagrama, Barcelona, 1998, 166 págs.

¿Habría todavía alguien capaz de creer en el progreso indefinido de la humanidad ilustrada? Si existiera, tras leer este libro, probablemente se echaría atrás en su postura. La pregunta que se hace Finkielkraut, filósofo de los que se plantean cuestiones que trascienden los blancos muros de la academia, cae como una losa: ¿para qué ha servido el siglo XX? Tal interrogante cumple ya una de las misiones primordiales del filosofar: inquietar al interlocutor, despertarle. Su respuesta resulta todavía más dura: no ha servido para *nada*. *Nada* que no se limita a significar *inutilidad*, sino realización del nihilismo: distanciamiento de la verdad y acercamiento al polvo.

Sin embargo no se limita a contestar de un modo inmediato. Prefiere ilustrar la razón de ser de su cuestión. Por eso el libro recorre las heridas abiertas a lo largo de cien años en el corazón de los países *avanzados*. Por supuesto, aparece de modo principal la cuestión judía, en esa sistemática conversión de los hombres en números y de los rostros en máscaras. También se esbozan episodios de la Primera Guerra Mundial, una lucha en la que por primera vez los hombres morían en masa. Guerra en la que *la presión de lo desmesurado*, provocada por el impresionante número de víctimas, hace que el vacío sustituya a la hazaña, y que ya no existan héroes sino monumentos al *soldado desconocido*. Y pasa que tal soldado no es *nadie*, ya no existen los nombres propios: los muertos no tienen nombre, las montañas de cadáveres no realizan un surco en la historia. Y eso que en este caso hablamos *apenas* de 8.700.000 víctimas entre todos los bandos, nada en comparación con las purgas estalinianas, la desmesura de la Segunda Guerra, el totalitarismo maoísta, las continuas y anónimas masacres advenidas en el África post-colonial, o –proporcionalmente– el desordenado holocausto de la Camboya de Pol-Pot, que se llevó por delante a la mitad de la población de un pequeño país.

¿Qué puede ser, en el mundo de las armas automáticas y de las grandes bombas, un enemigo? Un concepto sin alma, un elemento más de un conjunto que se puede suprimir, un *qué, algo*. En el siglo XX los movimientos son de masas, la cultura es de masas, la información es para las masas y toda víctima deviene *daño colateral* sin llegar a constituirse ni siquiera como anécdota. Ese estado de cosas se da hasta que el sujeto particular (un Primo Levi, el oficial Emilio Lussú, cualquiera que no sale en los grandes programas tácticos, sino que realiza éstos en la realidad de lo concreto) cae en la cuenta de la realidad del oponente, que es Otro-que-él-mismo y desde entonces se encuentra ante la imposibilidad metafísica de matarle, ante la imposibilidad de comprender cómo es posible que el otro no vea en él también a *un hombre*.

En un siglo de masacres, sostiene Finkelkraut, la humanidad de cada hombre se desdibuja, pierde su carácter único, se transforma en una variable estadística insignificante en su particularidad. Pregunta: ¿se pierde la dimensión personal por la acumulación sistemática de la muerte o, por el contrario, esa producción en cadena de horror se ha llevado a cabo precisamente por olvidarnos del carácter absoluto de cada *quién*?

No señala el autor francés nada que no se supiera ya a estas alturas, pero sí llama la atención la tenacidad de su denuncia. Y es que hay temas que, aunque resulten conocidos, parecen imposibles de aguantar. El hombre no es capaz de cargar con demasiada realidad: funcionar en un ámbito abstracto, no comprometedor, es un alivio para nuestras conciencias dormidas y para el cálculo técnico. Sin embargo, la absolutización de tal modo de comportamiento, ¿no denuncia una caída en el valor que los hombres damos a la condición humana? Surge la sospecha de que el pasado siglo haya supuesto una regresión, pasos atrás, una derrota del hombre convertido en víctima de sus propias manos. El siglo XX, en su deformación cartesiana, en su absorción acrítica de los principios hegelianos –servidores de un impersonal *absoluto* que nos convierte a todos en meros medios para sí–, en la desmesurada presencia de una ciencia sin corazón, de humanidad sin persona (sin individuo), es un siglo que imposibilita en la práctica ese reconocimiento de la realidad del Otro, esa apertura a su infinitud.

En su denuncia, Finkelkraut se une a pensadores de la talla de Ricoeur, Lévinas, Spaemann, Lewis o Arendt. Una tierra en tiempos de oscuridad, habitada por hombres abolidos, incapaces de salir de los lugares comunes a los que se ciñe la existencia cotidiana, sin ojos para ver la realidad, para salir del propio centro en que han convertido su mediocre

punto de vista. Finkielkraut tiene además la virtud de ampliar la perspectiva a algunos problemas prácticos de la nueva sociedad (como se ve en su denuncia a la deshumanización propiciada por las nuevas tecnologías y la globalización causada por Internet).

Aún así, su planteamiento parece demasiado pesimista, casi como si no hubiera ya solución a los problemas de esta *humanidad perdida*. Quizás es que él quisiera poder ofrecer una solución que afectara a la *totalidad* del problema, lo cual nos llevaría a permanecer en el ámbito de lo abstracto. ¿Acaso no han existido hombres, en cada uno de los episodios que ilustran su argumentación, que han sabido trascender la dictadura de lo cuantificable? El mero hecho de que Finkielkraut sea capaz de plantear una denuncia implacable contra la deshumanización nos permite saber que, frente a tanta mirada baja y tibia, siempre hay hombres que llegan más allá, que descubren la *epifanía* del rostro, que son capaces de caer en la cuenta de que es en *cada persona* donde se descubre el sorprendente valor de la humanidad.

Tal vez habría que animar al autor francés a que nos enseñara, además de los problemas, las capacidades que hay que adquirir dentro de un proyecto educativo para no permitir nunca el ser reducidos a cosas, o para no seguir efectuando dicha reducción en nuestros semejantes. Caer en la cuenta de la realidad del otro como Otro tiene que convertirse, como pedía Lévinas, en el modo primero de hacer filosofía, pues se trata de una tarea moral de primer orden. Por eso el derrotismo total de Finkielkraut puede estar en contradicción con su misma experiencia, y eso hace que el libro, dentro de la calidad de su denuncia, resulte incompleto.

Javier Aranguren

Garber, Elizabeth: *The language of Physics. The Calculus and the Development of Theoretical Physics, 1750-1914*, Birkhäuser, Boston, 1999, 399 págs.

En *El lenguaje de la física. El cálculo y el desarrollo de la física teórica, 1750-1914*, Garber ha tratado de localizar la tradición de pensamiento, que aportó los elementos internos de los cálculos cuánticos y relativistas. En su opinión, la *Nueva física* aportó un modelo de científico